

William T. Sanders*

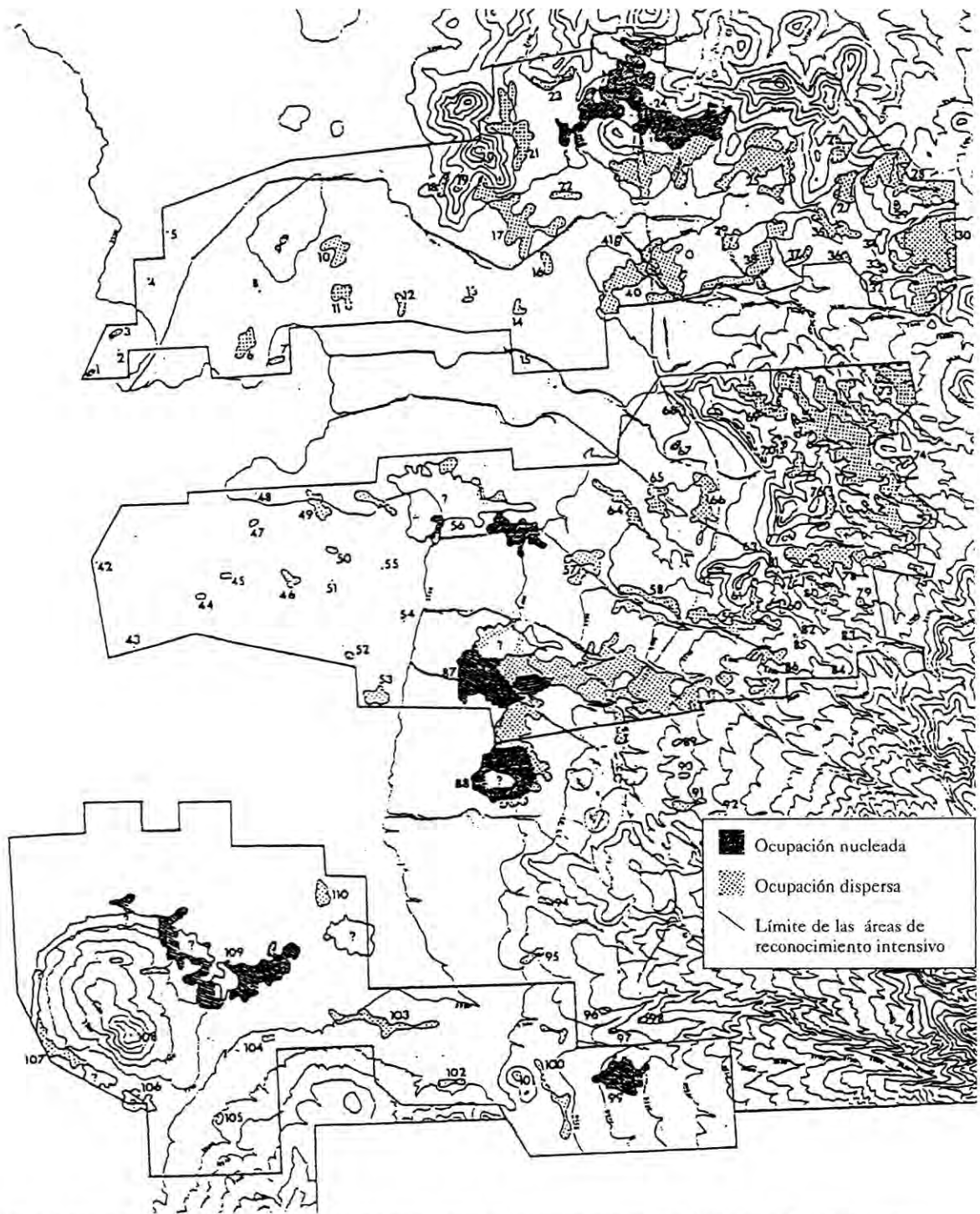
El final de la gran aventura: el ocaso de un recurso natural[†]

Entre 1960, cuando inicié el proyecto del valle de Teotihuacan, y 1975, cuando terminé el reconocimiento de superficie de la región de Temascalapa, Jeffrey Parsons, Richard Blanton y el autor dirigimos una serie de proyectos para realizar el reconocimiento de superficie de la Cuenca de México. La metodología que aplicamos fue una modificación de la empleada por Gordon R. Willey en el estudio que realizó en el Valle del Virú de la costa norte del Perú. El concepto fundamental fue completar el reconocimiento de superficie de un área, localizando y mapeando todos los sitios arqueológicos, lo cual nos permitiría obtener información sobre los cambiantes patrones ocurridos a través del tiempo en la utilización de recursos y en las instituciones de las sociedades antiguas. Nos percatamos, asimismo, de que un reconocimiento de superficie era la única manera posible de alcanzar estos objetivos en amplios espacios geográficos y durante prolongados periodos de tiempo. Sin embargo, sabíamos también que un reconocimiento de superficie como el planteado tenía limitaciones obvias y que debería ir respaldado por un programa de excavaciones con el fin de obtener más datos que permitieran alcanzar estos grandes objetivos.

Como lo señalamos en el libro *The Basin of Mexico* (Sanders, Parsons y Santley, 1979), los quince años dedicados al reconocimiento fueron años llenos de retos y emociones. A donde quiera que íbamos encontrábamos ocupaciones prehispánicas y sitios arqueológicos indicados por tiestos, lítica y arquitectura, los cuales estaban presentes en extraordinaria abundancia. A pesar de que numerosos sitios fueran severamente erosionados debido a procesos naturales, y alterados por prácticas agrícolas posteriores a la Conquista, muchos elementos habían logrado sobrevivir. Las viviendas del periodo postformativo se construyeron con materiales sólidos y con frecuencia los cimientos de piedra de las construcciones habían permanecido intactos, incluso en laderas de cerros completamente erosionadas, donde no queda nada del perfil del terreno salvo el subsuelo de tepetate; los cimientos de recintos habitacionales aztecas habían

* Department of Anthropology, Pennsylvania State University

† Traducción de Lourdes Camargo Valverde.



● Fig. 1 Mapa de la región de Texcoco donde se muestra un asentamiento azteca (tomado de Parsons, 1971)

logrado conservarse. La mayoría de los sitios teotihuacanos y Coyotlatelco eran asentamientos sumamente nucleados y compactos con las viviendas construidas con mampostería sólida,

por lo que los agricultores modernos prefirieron no cultivar en dichas áreas, lo cual permitió que en estos sitios la arquitectura pudiera conservarse virtualmente intacta.

Inclusive en años tan lejanos como el de 1972, cuando participé con Pedro Armillas y Kent Flannery en un curso de orientación para jóvenes arqueólogos mexicanos, ya había notado el principio de un proceso de destrucción en esos sitios. Eduardo Matos, que entonces era Director de Monumentos Prehispánicos, y los miembros de dicho seminario llevamos a cabo una serie de conferencias para alertar al INAH sobre este problema; asimismo formulamos un plan que constaba de tres etapas. Primero, elaboramos una lista de 40 o 50 sitios que debían ser preservados a toda costa para investigaciones futuras; de esta manera estábamos conscientes

que era poco realista pensar que se podían proteger todos los miles de sitios arqueológicos que encontramos en el reconocimiento. Sin embargo, también estábamos conscientes de que la arqueología es un campo muy dinámico en donde constantemente se desarrollan nuevos métodos. Consideramos que algunos sitios deberían ser preservados para asegurar su disponibilidad para la aplicación de los nuevos métodos que fueran desarrollándose en el transcurso del tiempo. También esperábamos que el conjunto de sitios seleccionados cubriera todos los periodos cronológicos y los diversos tipos de sitios, en términos de tamaño, traza y función.



● Fig. 2 Sitio TX-A-24 (contornos impresionísticos, adaptado de Parsons, 1971)

Respecto a un segundo conjunto de sitios, que sumaban varios cientos, recomendamos un programa intensivo de excavaciones durante los siguientes cinco a diez años, antes de que se produjera su inminente destrucción.

Un tercer conjunto de sitios era el de aquellos que clasificamos como de baja prioridad pero que, no obstante, esperábamos que al menos unos cuantos fueran verificados en el futuro cercano.

Para agilizar la ejecución de este programa —que en esencia era de salvamento arqueológico—,

sugerimos que se creara un Centro Regional para la Cuenca de México, con personal de planta y un presupuesto adecuado. En respuesta, durante los siguientes cinco años, se realizaron extensas excavaciones en un gran número de sitios, los cuales en su mayoría fueron excavados por el Departamento de Salvamento Arqueológico, del INAH, de tal manera que éste comenzó a crecer aceleradamente. Casi todas estas actividades de salvamento arqueológico se realizaron, desafortunadamente, en el área metropolitana de la ciudad de México que se encontraba en expansión; más adelante retomaremos este punto. El



● Fig. 3 Fotografía aérea del área Tepetlaoztoc, escala 1:24000 (de la serie CETENAL)

programa de salvamento recuperó un enorme acervo de datos sobre la valiosa historia cultural de esta región.

Bajo este contexto decidí llevar a cabo un programa de estudio en el sitio de Tepetlaoztoc, una antigua Ciudad-estado azteca en la Cuenca de México, el cual ofrecía una excepcional oportunidad para la investigación arqueológica. Por una parte, en 1967 el sitio estaba en condiciones bastante buenas y los censos levantados a principios de la Colonia documentaban con detalle la estructura económica y social de la comunidad que prevalecía inmediatamente después del periodo azteca. Los documentos etnohistóricos de Tepetlaoztoc, principalmente los códices *Vergara* y *Santa María Asunción*, han sido estudiados exhaustivamente y en la actualidad se han publicado en ediciones facsimilares. El etnohistoriador Herbert Harvey y la geógrafa Barbara Williams trabajaron durante años con materiales de Tepetlaoztoc; la mayor preocupación de ellos era que en un breve lapso se pudiera perder la oportunidad de excavar una comunidad del periodo azteca tan excelentemente documentada; fue así como instaron a sus colegas arqueólogos a iniciar un proyecto multidisciplinario de gran escala para estudiar Tepetlaoztoc. A pesar de que en el área de Tepetlaoztoc se realizó un reconocimiento general (Parsons, 1971) no se habían realizado excavaciones en este sitio. En 1996 recibí una donación de la Society for the Advancement of Mesoamerican Archaeology para llevar a cabo dicho proyecto.

El proyecto Tepetlaoztoc se pensó como un proyecto piloto que permitiera diseñar el plan de trabajo a largo plazo. El proyecto piloto incluía una visita al sitio con el fin de identificar y fotografiar los recursos existentes, y de hablar con los propietarios de los terrenos y con los funcionarios municipales de las localidades sobre los planes futuros de excavación.

El proyecto era importante porque, a pesar de que teníamos amplios conocimientos sobre la cultura azteca a partir de fuentes etnohistóri-

cas, muy pocos sitios arqueológicos del periodo azteca habían sido excavados. Este problema de falta de evidencias materiales recuperadas de sitios excavados podría abordarse ampliamente, pero quedaba el del acelerado ritmo de urbanización en la Cuenca de México. Si los códices estuvieran por ser enviados a su depósito de reciclaje, habría justificación para protestar por esta profanación y debiera considerarse la destrucción de los restos arqueológicos desde esa misma perspectiva.

Ahora bien, la investigación que proponíamos permitiría el estudio en el futuro de las estructuras arqueológicas de Tepetlaoztoc y al mismo tiempo se demostraría el enorme potencial de una estrategia de investigación realmente multidisciplinaria en la que se combinarían métodos y datos históricos, etnográficos y arqueológicos para reconstruir esta Ciudad-estado de una de las culturas antiguas más intrigantes y excitantes. Nuestro objetivo principal era excavar una muestra amplia de sitios habitacionales dentro del área del reino. Cada excavación de "unidades habitacionales" incluiría la exposición completa de muros, pisos y los espacios periféricos inmediatos a la vivienda. Aunque excavaciones de este tipo se habían realizado casi desde los inicios de la arqueología del Nuevo Mundo, sólo hasta fechas recientes se ha conceptualizado esta estrategia y, lo que era más importante, se han desarrollado nuevas técnicas que permitirían reconstruir, en primera instancia, el uso funcional del espacio habitacional y, posteriormente, el tamaño, estructura y función de las viviendas.

La unidad doméstica es la unidad fundamental de casi todas las sociedades humanas y la arqueología de estas unidades tiene la capacidad de generar conocimientos sobre la sociedad en su conjunto, incluyendo el grado de estratificación económica, la naturaleza de la división del trabajo y la distribución del poder político, ya que estos aspectos se reflejan en los distintos tipos de viviendas y artefactos. Una de las consideraciones de esta investigación era que, a pesar de que se tenía una amplia documenta-

ción del periodo posterior a la Conquista a partir de los registros españoles, todavía quedaban por resolverse interrogantes relativas al nivel básico de organización social —la unidad doméstica— de una de las culturas prehispánicas de Mesoamérica mejor documentadas: la azteca.

Según los documentos posteriores a la Conquista, incluyendo el *Códice Vergara* y el *Códice Santa María Asunción*, parece que a mediados del siglo XVI la familia nuclear, más que la extensa, constituía el tipo principal de unidad doméstica. Siempre habíamos pensado que las unidades domésticas previas a la Conquista estaban

compuestas principalmente de familias extensas patrilocales y que después de la Conquista se había producido un cambio hacia las unidades domésticas de familia nuclear, debido al estímulo del clero español. Sin embargo, reconocimientos arqueológicos similares a los que Parsons realizó en Tepetlaoztoc, llevados a cabo en otras áreas de la Cuenca de México, habían revelado numerosos montículos habitacionales de pequeña escala que parecían haber albergado unidades domésticas muy reducidas, probablemente de tipo nuclear. La excavación de una muestra extensiva de unidades habitacionales serviría para resolver esta interrogante.



● Fig. 4 A Área norte del Cerro Teponaztle después del proyecto de reforestación con eucaliptos



● Fig. 4 B Misma área antes de la reforestación; al fondo se observa el Cerro Teponaztle. Nótese la erosión en la superficie de tepetate y los vestigios del montículo habitacional azteca

En este caso, el valor particular de aplicar la arqueología de unidades domésticas en Tepetlaoztoc no reside únicamente en la amplia base de datos que se obtendría sino también en la naturaleza específica de la información sobre el periodo inmediatamente posterior a la Conquista. Los códices *Vergara* y *Santa María Asunción* contienen información de este periodo sobre edad, sexo, relaciones de parentesco, estatus socioeconómico y tenencia de la tierra de cada unidad doméstica. La muestra de restos de viviendas del reconocimiento realizado en 1967 manifestó que abundaban los restos de unidades habitacionales, incluyendo viviendas rurales y urbanas, lo cual permitiría analizar hasta qué punto las variaciones en tamaño, composición y función de las viviendas reflejaban patrones prehispánicos dentro de la misma área. La excavación en unidades domésticas podría responder estas interrogantes.

El reconocimiento realizado por Parsons en Tepetlaoztoc reveló un patrón observado en otras áreas de la Cuenca de México, a saber, que las unidades domésticas rurales se encontraban dispersas en el campo y situadas, probablemente, dentro de sus propias tierras de cultivo. Lo anterior contras-



taba marcadamente con el patrón observado hoy en día donde los agricultores viven en aldeas nucleadas y cultivan las tierras que rodean la aldea y que, con frecuencia, se encuentran a 2 o 3 km de distancia de sus viviendas. La naturaleza dispersa del asentamiento azteca también sugería fuertemente la posibilidad de que incluso se pudiera asegurar que las unidades domésticas eran propietarias de las tierras que cultivaban. El patrón actual de nucleación de la población rural es producto del proceso y política del gobierno y clero españoles de los siglos XVI y XVII, destinados a congregarse a las poblaciones rurales dispersas en grandes comunidades nucleadas —y con frecuencia planificadas—, con el fin de facilitar la conversión de sus habitantes y la recolección tributaria. En la Cuenca de México este proceso se inició a mediados del siglo XVI y continuó hasta las primeras décadas del siglo XVII; las excavaciones arqueológicas en una muestra extensa de residencias proporcionaría detalles sobre este proceso; a excepción de algunas “colonias” muy recientes que se formaron en los alrededores, casi toda la población de Tepetlaoztoc reside actualmente en el centro municipal, incluyendo también a los habitantes del barrio de Santa María Asunción (véase fig. 3).

Dentro del área del reino de Tepetlaoztoc, Parsons definió los siguientes sitios: TA-24 (el pueblo de Tepetlaoztoc) y diez sitios rurales, TA-25-34 (1971, véase figs. 1 y 2). En éstos Parsons encontró más de 400 montículos habitacionales, de los cuales casi el 25% estaban en TA-24. Además, en un buen número de ellos las líneas de los muros eran visibles y se conservaba el trazo parcial de la vivienda. Nuestra experiencia en excavaciones de este tipo y condición de estructuras es que la sobrecarga puede removerse con la ayuda de un pequeño grupo de personas y en periodos reducidos de tiempo, y los planos completos de los pisos se pueden exponer fácilmente y descubrir artefactos *in situ*, lo que permite identificar el uso funcional del espacio. El plan original era financiar estas excavaciones con una donación más sustantiva proveniente de alguna fuente adicional, pero lo que se

requería con más urgencia era un reconocimiento preliminar para planear el programa completo de investigación.

Nuestra preocupación con respecto a la preservación actual de los sitios localizados en el reconocimiento de Parsons se fundaba en los recientes acontecimientos en la Cuenca de México, que amenazan buena parte de la arqueología de superficie. Los factores que amenazan los sitios son los siguientes:

1. El crecimiento de la ciudad de México, de 3 a más de 20 millones entre 1950 y 1995. Sin embargo, este no es un problema en el caso de Tepetlaoztoc.
2. El uso reciente de tractores y de la técnica de subsuelar para trabajar sobre las superficies de tepetate (un subsuelo consistente en cenizas volcánicas compactadas que pueden pulverizarse y convertirse en tierra utilizable) en muchas de las áreas muy erosionadas de la Cuenca. Debe señalarse que, paradójicamente, en estas áreas todavía hay numerosos sitios habitacionales aztecas debido, quizás, a que se localizan en tierras que ya no pueden ser cultivadas a causa de la erosión sufrida en los siglos XVI y XVII.

El reconocimiento realizado en agosto confirmó nuestros peores temores. Parsons había localizado 200 montículos habitacionales en el área severamente erosionada al norte del Cerro del Teponaztle, de los cuales 112 estaban en condiciones de conservación lo suficientemente adecuadas como para proporcionar información sobre el tamaño de las viviendas y la disposición de las habitaciones, incluso con reconocimientos de superficie. Estos sitios habrían sido ideales para una excavación de gran escala, pero toda el área, excepto una pequeña localidad ubicada en la ladera nororiental del cerro, había sido subsuelada de manera intensiva y se habían construido una serie de terraplenes con los bloques de tepetate y el cascajo obtenido por la nivelación de los montículos aztecas, y el departamento forestal del gobierno federal ha-

A



B



● Fig. 5 A,B Área norte del Cerro Teponaztle después de la reforestación. Nótese los fragmentos de tepetate, tepalcates y basureros de íllica de los montículos habitacionales aztecas incorporados en la construcción de terrazas o entre las mismas

bía plantado un bosque de eucalipto como parte de su programa de mejoramiento de las tierras. En este proceso los 200 sitios habían sido destruidos (véase figs. 4 y 5).

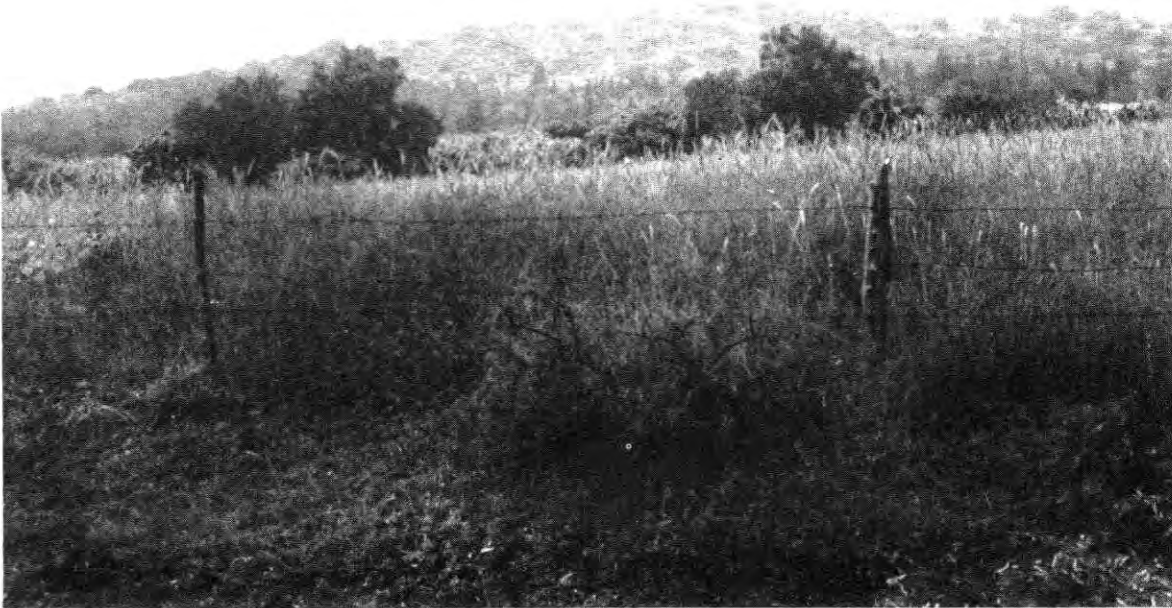
En las áreas de suelo más profundo del valle hacia el oriente del cerro, que todavía se usaban para la agricultura, Parsons registró 36 montículos habitacionales. Estas áreas no fueron subsueladas porque tenían una profundidad de suelo adecuada; sin embargo, dos acontecimientos recientes habían dejado los restos arqueológicos de estas áreas en malas condiciones. Uno era el uso generalizado de tractores y de arados de corte

más profundo, que en el pasado eran proporcionados por unos cuantos contratistas privados pero que después el gobierno del Estado de México comenzó a suministrar a cuotas nominales en todos los municipios de la entidad. Lo anterior significó una enorme expansión de su uso y provocó una destrucción mucho más importante que la causada por el uso del antiguo arado español, el cual continuaba utilizándose exclusivamente en el área hasta 1970 y de manera generalizada hasta 1985.

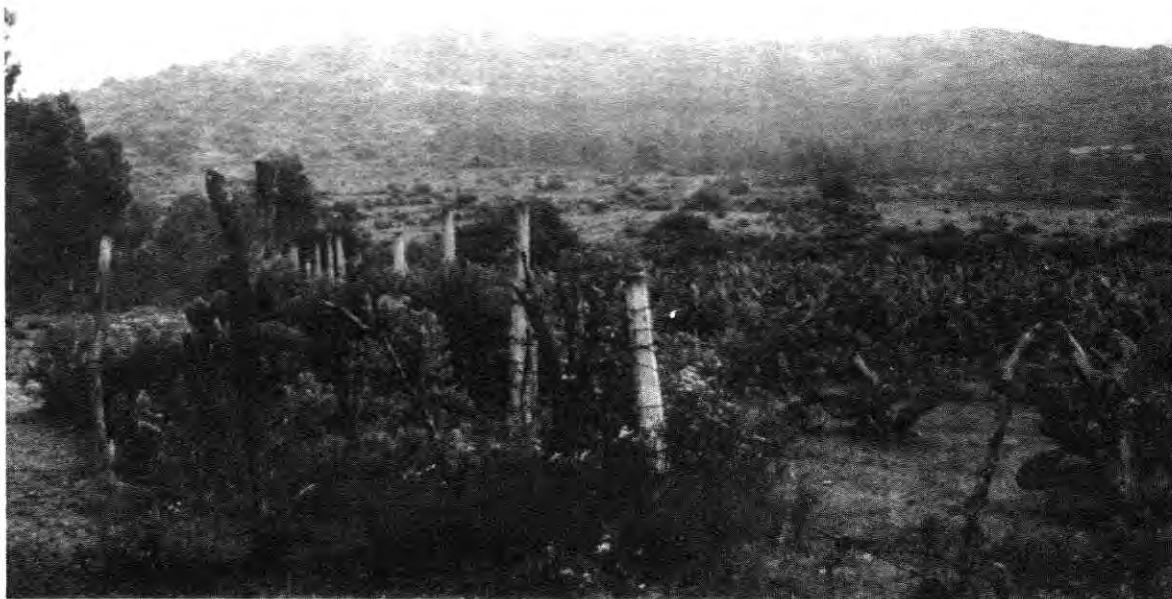
Un segundo proceso fue la reciente conversión de gran parte del área en plantaciones de nopal, un proceso estimulado por el crecimiento del mercado de frutas de la ciudad de México. Este proceso implicaba remociones considerables de los suelos, incluyendo la construcción de terraplenes para plantar hileras de nopales. Yo tuve la oportunidad de ubicar la localización de buena parte de los 36 montículos identificados por Parsons y descubrí que sólo se conservaron unos cuantos; incluso esos habían sufrido daños considerables (véase fig. 6).

Cuando terminé el trabajo en el proyecto piloto I de Tepetlaoztoc regresé al valle de Teotihuacan para visitar

de nuevo una serie de sitios del periodo Teotihuacano, en las porciones media y superior, así como algunos sitios del área de Maquixco Alto. Durante este nuevo reconocimiento se visitaron los siguientes sitios: TC-25, cerca de San Francisco Tlatlaca; TC 87-88-89 en el Rancho de Tlatilhuacan; TC-83, el extenso centro provincial al oriente de Axapusco; TC-73, el centro provincial localizado en el borde inferior del Cerro Buena Vista; TC-40, el centro provincial localizado dentro y junto al panteón de San Juan Teacalco; TC-46, un extenso sitio aldeano al occidente de Maquixco Alto y TC-44, un pequeño sitio en la cima del Cerro Tiquimil, que habíamos identificado como una comunidad



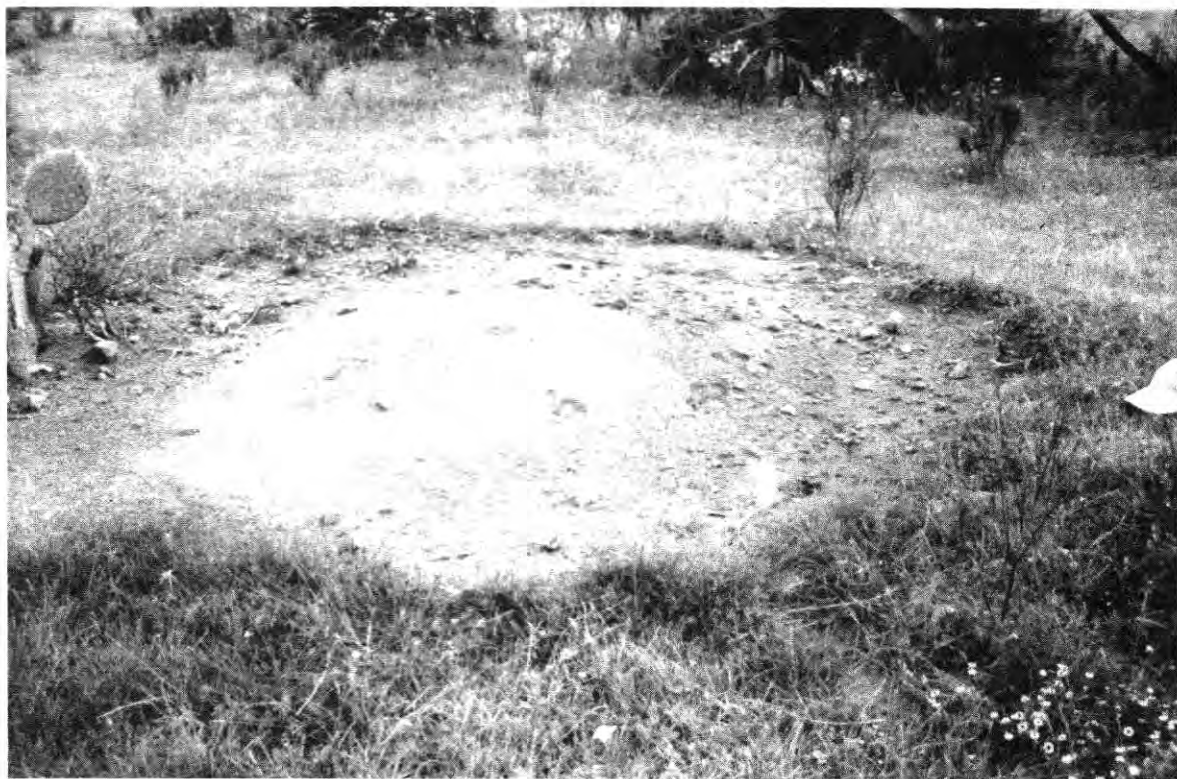
● Fig. 6 A Área norte del Cerro Teponaztle con suelos más profundos, arados por tractor y sembrados con cebada. Sitio antiguo de varios montículos habitacionales aztecas



● Fig. 6 B Áreas de suelo más profundo al oriente del Cerro Teponaztle



● Fig. 6 C Plantaciones recientes de nopal al oriente del Cerro Teponaztle



● Fig. 6 D Sitio de un montículo residencial azteca

potencial especializada en la extracción de te-zontle.

Las razones de este nuevo reconocimiento fueron las siguientes:

1. Verificar los fechamientos de los pequeños montículos habitacionales encontrados en TC-87, TC-25 y TC-46. En nuestro informe preliminar, elaborado en 1965, habíamos concluido que en la época teotihuacana, toda, o quizá una parte de la población rural del valle de Teotihuacan residía en recintos grandes, del tamaño de un linaje, similares a los encontrados en la ciudad. Sin embargo, una revisión más cuidadosa de los datos de nuestro reconocimiento sugería una amplia variedad de montículos habitacionales y, por tanto, de tamaños de unidades domésticas, y que una porción significativa de la población residía en unidades domésticas ligeramente mayores a las aztecas, es decir, en familias nucleares o en pequeñas unidades familiares extensas. Mi intención al visitar de nuevo estos sitios era obtener una nueva impresión de campo de la exactitud de los reconocimientos anteriores realizados en ellos, en relación a los fechamientos para los montículos más pequeños.
2. Verificar la naturaleza urbana de los sitios más grandes y, en especial, comprobar la observación de Marino sobre la orientación de algunas edificaciones de los sitios más grandes en una cuadrícula similar a la de la ciudad. Marino llegó a sugerir que uno de estos sitios, el TC-73, tenía una calzada central (la cual, sin embargo, está orientada de este a oeste) y que las casas y estructuras ceremoniales estaban alineadas a lo largo de dicha calzada, de una manera muy parecida a como lo estaban en el sitio urbano de Teotihuacan.

Los dos procesos arriba descritos, el uso de tractores en áreas de suelo profundo y de la técnica de subsuelar para recuperar áreas erosionadas, han destruido gran parte de la arquitectura de los sitios que habíamos vuelto a visitar, inclu-

yendo los montículos pequeños de TC-87, TC-25 y TC-46. Tuve éxito en ubicar los puntos donde anteriormente se localizaban los montículos y las concentraciones de éstos que aún podían observarse, que sugerían una ocupación predominantemente teotihuacana, así como las fechas probables para los montículos destruidos. Por tanto, se pudieron rescatar algunos datos que habían sido seriamente alterados, aunque en este caso solamente gracias a que habíamos realizado un reconocimiento previo a la destrucción de los sitios.

Los nuevos reconocimientos en sitios importantes, identificados como aldeas o poblados, apoyaban fuertemente nuestra evaluación inicial sobre el estatus político y la naturaleza urbana de estos sitios. Sin embargo, gran parte del área habitacional de TC-40 había sido arada a profundidad por lo que dudábamos que aún existieran los muros y pisos de las viviendas. Lo que sí se conservaba era toda la arquitectura "pública", aunque las cimas de los montículos tenían agujeros profundos y las áreas basales estaban severamente erosionadas debido al uso de equipo pesado. En TC-73 el estado de conservación era mucho mejor y estaba casi intacto, incluso las porciones habitacionales del sitio. Además, TC-83 no había sido afectado por los procesos posteriores a 1965.

Considerando lo anteriormente señalado, podemos concluir que, a pesar de que el nuevo reconocimiento ayudó a resolver algunas de nuestras interrogantes, las condiciones actuales para estudios arqueológicos son bastante desalentadoras. Por ejemplo, TC-46, sitio correspondiente a una aldea grande, ha sufrido alteraciones en más del 80% de su superficie, incluyendo la subsuelación de las áreas con suelos poco profundos para plantaciones de nopal y la construcción de amplias terrazas en la porción suroriental del sitio y áreas adyacentes, en las que supuestamente se localizaba un sistema de irrigación prehispánico, así como numerosos montículos habitacionales. En contraste, el área inmediatamente encima de la carretera Maquixco Alto-San Cayetano, en la ladera sur del Cerro Tiquimil,



● Fig. 7 A Vista de la cima del Cerro Tiquimil en el valle de Teotihuacan: ubicación del sitio bien conservado TC-43



● Fig. 7 B Vista de los sitios TC-87-88-89, porción superior del valle de Teotihuacan. El área de la fotografía tenía en 1963 entre 5 y 6 montículos habitacionales del periodo teotihuacano; en la actualidad todos han sido nivelados por el arado con tractor



● Fig. 7 C TC-43, antiguo sitio de extracción de cantera, en la cima del Cerro Tiquimil



● Fig. 7 D Ladera norte inferior del Cerro Tiquimil, donde se localiza el sitio TC-46; el área de la derecha pertenece al ptero y constituye la única parte que no ha sido alterada de todo este amplio sitio aldeano de Teotihuacan

casi no había sufrido alteraciones, aparentemente debido a que eran tierras de la iglesia. De igual forma los pisos que se detectaron en 1963, cuando se hizo la carretera, estaban intactos (véase figs. 7 y 8).

Además de las nuevas visitas a los sitios del valle de Teotihuacan, estuve dos días en la región de Cuauhtitlán, en la cual realicé un reconocimiento de superficie en 1974, y en la región de Temascalapa, cuyo reconocimiento se efectuó en 1975. Para los reconocimientos originales habíamos utilizado fotografías aéreas de vuelos realizados en los años setenta, así como mapas producidos por CETENAL a partir de dichas fotografías. El reconocimiento también había incluido una franja de ladera baja y planicie aluvial a lo largo de la orilla occidental del Lago de Texcoco, la cual iba desde Ecatepec hasta Tepeyac. Esta última fue una de las primeras zonas rurales hacia las cuales se extendió el crecimiento urbano de la ciudad de México, proceso que se había iniciado desde los años sesenta. No obstante, habíamos podido efectuar el reconocimiento en un 25 a 30% de esta franja. En un pequeño valle, al norte de Xalostoc, encontramos una extraordinaria densidad de sitios que cubrían prácticamente todos los periodos prehispánicos. Para 1996 este pequeño valle estaba completamente cubierto por viviendas urbanas. En la orilla del lago pudimos realizar, en 1974, el reconocimiento de una franja casi ininterrumpida de amplios montículos de salinas; uno de ellos tenía 300 m de largo, 100 m de ancho y 5 o 6 m de altura. Es poco probable que alguno de estos montículos haya sobrevivido a los recientes procesos de urbanización.

En la ladera baja del norte, inmediatamente contigua a la planicie aluvial de la Sierra de Guadalupe, el patrón de asentamientos prehispánicos era muy denso y la cronología abarcaba desde

el Formativo medio hasta el Azteca. Nosotros estimamos que en 1974 el 70% de esta área todavía estaba constituido por tierras de cultivo y que no más del 30% estaba densamente urbanizado (véase fig. 9). En estos sitios encontramos numerosos montículos habitacionales, sobre todo en los sitios aztecas, toltecas y del periodo teotihuacano. En el nuevo reconocimiento efectuado en 1996, el periodo transcurrido de 22 años reveló que estas proporciones se habían invertido; además, nuevos vuelos y mapas publicados por CETENAL en 1982 indicaban que el proceso de urbanización y la consecuente destrucción de sitios realmente había ocurrido en menos de diez años (véase fig. 10).

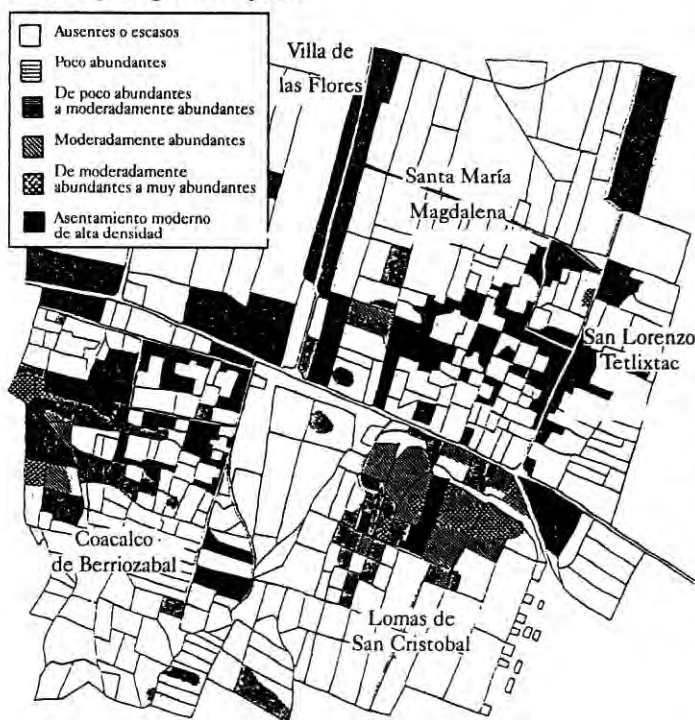


● Fig. 8 A Porción Tlaltenco de TC-46, donde se observan plantíos recientes de nopal en los que se utilizó la subsuelación. En esta área existían en 1963 alrededor de diez montículos



● Fig. 8 B Porción Tescotitla de TC-46. Nótese las elevadas terrazas construidas mediante el uso de equipo para mover tierra, la cual cubre el área del sitio y varios montículos del periodo teotihuacano

Restos arqueológicos de superficie



● Fig. 10 Región de Cuauhtitlán en la ladera norte de la Sierra de Guadalupe, en donde se observan sitios y asentamientos modernos en una de las áreas más densamente urbanizadas en 1975

no podían resolverse con reconocimientos más detallados, sino que la única solución era realizar excavaciones a gran escala. En cuanto a la destrucción de los sitios en la Cuenca de México, los datos obtenidos por nuestro breve reconocimiento, así como el limitado número de colecciones de superficie, constituyen la única información con relación a los miles de sitios de esta región. Este hecho resulta particularmente desalentador, ya que encontramos una amplia variedad de sitios en términos de tamaño y características físicas y, por consiguiente, de estatus y función, sobre todo de los periodos en que existió una organización política de gran escala. El periodo teotihuacano, en especial, muestra una notable diversidad en las características de los sitios arqueológicos; esta diversidad plantea importantes interrogantes sobre su función, ninguna de las cuales puede responderse únicamente con datos de reconocimientos de superficie. A diferencia del periodo Azteca, donde los limitados datos arqueológicos se podían combinar con la información de fuentes etnohistóricas, todos

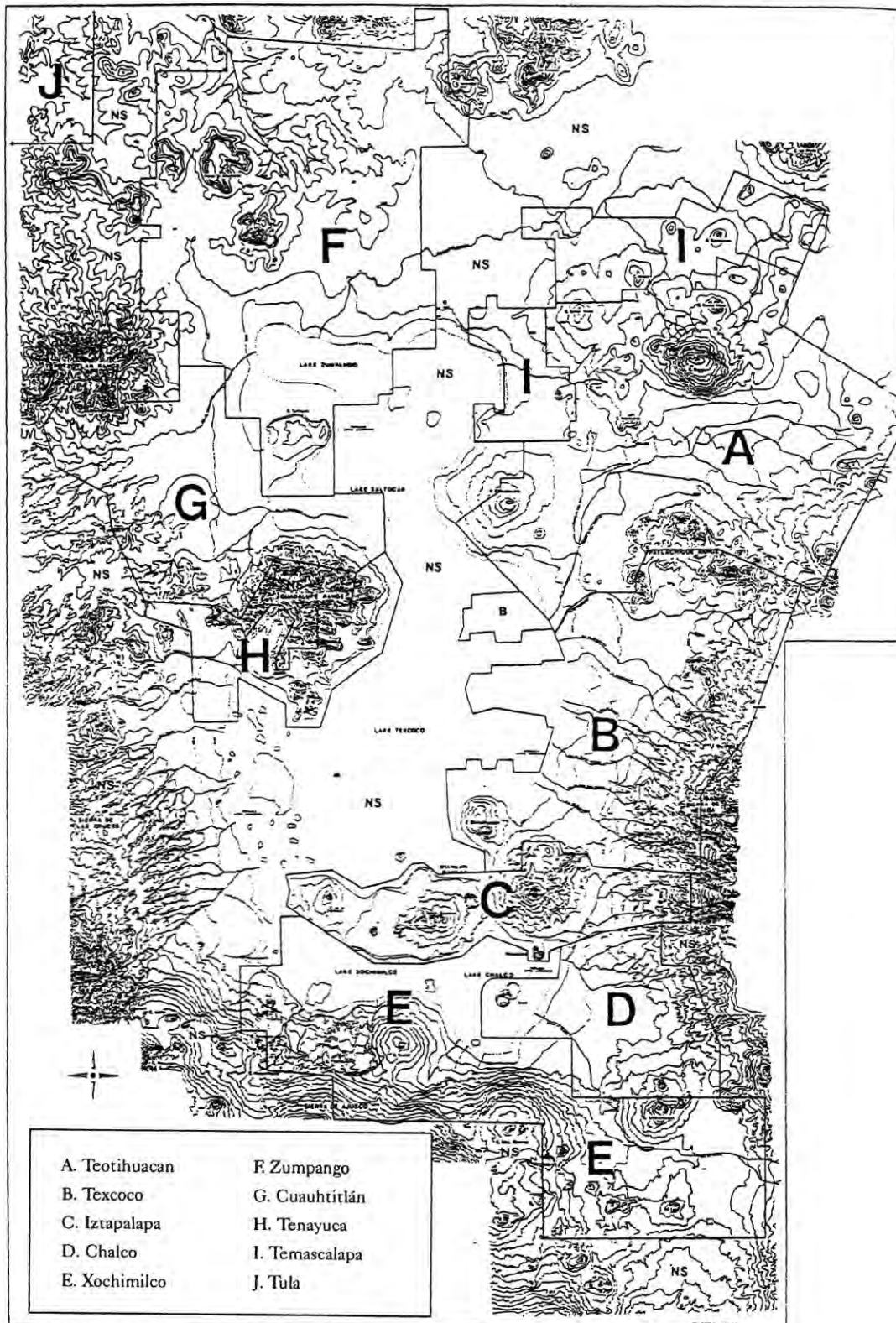
los datos necesarios para reconstruir el sistema urbano y político de Teotihuacan tienen que derivar de la información arqueológica.

El Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH ha hecho un magnífico trabajo de recolección de información, aunque esta labor ha sido en respuesta al crecimiento explosivo del área metropolitana de la ciudad de México y, en general, puede considerarse guiada por la amenaza de afectación como consecuencia de obras, y no por razones derivadas de un diseño de investigación. Inclusive la destrucción provocada por este proceso ha sido masiva, aunque es mucho menos peligrosa para la supervivencia de datos arqueológicos en la cuenca, como en todos los proyectos de recuperación de suelos por reforestación o la reciente mecanización de la agricultura en las zonas rurales circunvecinas. Lo más factible es que este último proceso continúe acelerándose debido al rápido debilitamiento y proba-

ble colapso del sistema de ejidos, y el inexorable avance de un patrón de grandes extensiones de tierra con agricultura mecanizada.

Esto se aplica en especial a la Cuenca de México, donde las oportunidades de colocarse en el mercado laboral urbano son considerables, ya que muchos campesinos se están adaptando al nuevo estilo de vida de la gran urbe.

Este artículo es una súplica para que se formule un programa de investigación en respuesta a este nuevo y más urgente problema de salvamento arqueológico. Un programa de este tipo no debe plantearse como único objetivo el de salvar sitios ante la amenaza de su afectación, sino que debe también contemplar un plan claro y bien definido de investigaciones futuras con objetivos científicos específicos y diseños metodológicos apropiados; si no logramos una respuesta de esta magnitud, en unas cuantas décadas habremos perdido inevitablemente un patrimonio y un recurso cultural extraordinariamente cuantioso y apasionante.



● Fig. 11 Cuenca de México mostrando las regiones del reconocimiento

bibliografía

- Harvey, H.R.
1984. "Aspects of land tenure in ancient Mexico", en Herbert Harvey y H. Prem (eds.), *Explorations in Ethnohistory*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 83-102.
- 1985. "Household and family structure in early colonial Tepetlaoztoc: an analysis of the codices Santa María Asunción", en *Estudios de Cultura Náhuatl* V, 18, pp. 275-294.
- 1991. *Land and Politics in the Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Parsons, Jeffrey R.
1971. *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico*, Memoirs of the Museum of Anthropology, núm. 3, Ann Arbor, University of Michigan.
- Sanders, W.T. (ed.)
1996. *The Teotihuacan Valley Project-Volume 3. The Teotihuacan Period Occupation of the Valley. Part 3: The Surface Survey*, Occasional Papers in Anthropology, Matson Museum of Anthropology, The Pennsylvania State University, University Park.
- Sanders, W.T., J.R. Parsons y R. Santley
1979. *The Basin of Mexico: The Cultural Ecology of a Civilization*, Nueva York, Academic Press.
- Williams, Barbara J.
1979. "Pictorial and representation of soils in the valley of Mexico: evidence from the Codex Vergara", en J.J. Parsons y W. Davidson (eds.), *Geoscience and Man: Festschrift to Robert West*.
- 1984. "Mexican pictorial cadastral registers", en H. R. Harvey y Hanns J. Prem (eds.), *Explorations in Ethnohistory*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 103-125.
- 1989. "Contact period rural overpopulation in the basin of Mexico: Carrying-capacity models tested with documentary data", en *American Antiquity* 54, pp. 715-732.
- 1991. "The lands and political organization of a rural tlaxilacalli in Tepetlaoztoc, c A.D. 1540", en H. Harvey (ed.), *Land and Politics in the Valley of Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 187-208.
- Williams, Barbara J. y H.R. Harvey
1988. "Content, provenience, and significance of the Codex Vergara and the codices de Santa María Asunción", en *American Antiquity* 53, pp. 337-351.